LA HOJA DE PARRA

REVISTA FESTIVA * * *
* APARECE LOS SÁBADOS

COLABORACIÓN DE LOS MÁS ILUSTRES ESCRITORES Y DIBUJANTES

Número suelto, CINCO *céntimos.—Suscripción en provincias, 1,50 pesetas trimestre.*

Oficinas: MÉNDEZ ÁLVARO, 2, PRIMERO. —**Apartado de correos 547, MADRID**

Agua de la belleza

PRODIGIOSO DESCUBRIMIENTO

Hermosea el rostro, dejándole terso, blanco, de suave color y con la brillantez de la juventud. Nadie puede advertir su uso.

En las perfumerías de lujo, al precio de 5 pesetas en Madrid y 6 en provincias.—Unico depósito en España: *Jacometrezo, 40 y 42, José Andreu.*

FÁBRICA-PLATERÍA
DE
LUIS ESPUÑES
(EN TESTAMENTARIA)
GOYA, NÚM. 30
Único despacho:
CARRERA DE S. JERONIMO, 5

CENTRO PERIODÍSTICO DE JOSÉ LERIN
Abada, 22, Kiosko frente á Apolo.—*Envíos de periódicos y libros á provincias*

A LOS ENFERMOS

del **pecho, sífilis, venéreo** y **garganta,** les conviene fumar lo menos posible y esto podrán conseguirlo tomando las pastillas del **Doctor Laboschin.**

Medicamento recomendado por varias eminencias médicas.

DOS PESETAS CAJA en buenas Farmacias.

SANTALINO GAYOSO

(Cápsulas de Sándalo y Salol alcanforado) para la curación de la *Blenorragia, Cistitis, catarros de la Vejiga* y todos los flujos de los órganos genitales sin necesidad de inyecciones, 4 pesetas frasco (4,50 por correo) en las principales farmacias de España y América. *F. GAYOSO,* Arenal, 2, Madrid.

Fotograbado de A. VAZQUEZ
Perfección * Rapidez * Economía * COLEGIATA, 7, MADRID

CONSULTA PARTICULAR

en casa del Médico-Director de la **consulta de San Juan de Dios,** de enfermedades de la piel y del pelo, secretas y vías urinarias. Tratamiento curativo de la sífilis, sin dolor, con el 606. **Dr. Portillo.** De 3 á 6 tarde. **Cañizares, 1, principal.** De provincias, por carta.

PULSERAS DE PEDIDA
desde 40 pesetas. Véanse en los escaparates de García Guerra, hijo.
LUNA, 3

LA GUARIDA

Por JOSÉ FRANCÉS ** *2 pesetas en todas las librerías.*

AÑO I. **Madrid, 10 de Junio de 1911.** **NÚM. 6.**



LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

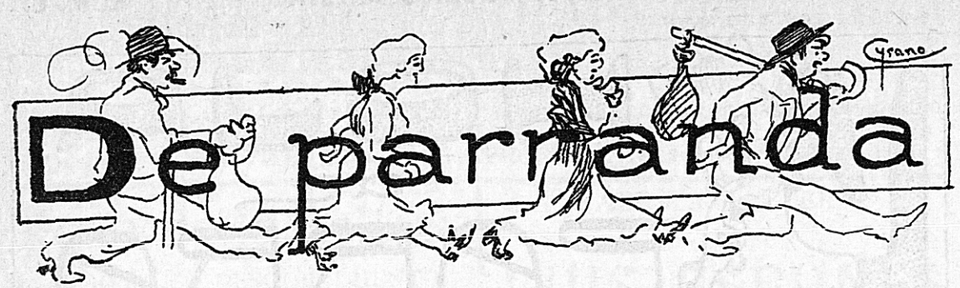
CARLOS MIRANDA
De parranda.
ANTONIO DE HOYOS Y VINENT
Predicar con el ejemplo.
EL CONFESONARIO
Artículos de TRINIDAD ROSALES y CHIQUITO DE BEGOÑA
PEDRO DE RÉPIDE
¡Eureka!
GONZALO CANTÓ
¡Cazador que á caza vas!
ENRIQUE TROMPETA
¡Subid, niñas!
RAFAEL LÓPEZ DE HARO
Partes de la mujer.
J. DELGADO CARRASCO
El tonto.
ADOLFO SÁNCHEZ CARRERE
¡Si lo sé!
FRANCISCO VERA
Vaya si le quería!
E. RAMIREZ ANGEL
Un «Club de Terribles» (folletín).
TOVAR, CYRANO, ROBLEDANO y ALFONSO
Retratos y caricaturas de Anita Lopetegui, Purita Lebón, Antonio de Hoyos, Trinidad Rosales, Rufino San Vicente, don Dalmacio, «Postales de don Escartín», etc.

5 cénts.



ANITA LOPETEGUI

Hermosa y eminente tiple de opereta que actuará durante la próxima temporada en uno de los primeros teatros de Madrid.



Tuve yo una criada que era
de Zorraquín (pueblo rio-
jano), es decir, una zo-
rraquinera.

—

Recién entrada en la pu-
bertad, la moza tenia
ya una enormidad de cu-
canderia...
Aunque recibió de un frai-
le la instrucción en Bilbao,
más que él le tiraba el bai-
le «agarrao».
—¿Qué pieza más?—le pregun-
té. Y fué su contestación:
—¿A mí?... Pues la de la pun-
ta y tacón.
Huesos de santo compré
cierto día, y dijo:—¡Cuánto
me gustan á mí los hue-
sos de santo!
—¿Como el bailar?
—Como el baile
no me gusta más que o-
tro dulce.
—¿Cuál?
—Las pelo-
tas de fraile.
—¿Cómo son?
—Pues así de
grandes.
—No lo serán tanto.
—¡Bah! Mayores que sus hue-
sos de santo.
—¿Y te gustan mucho?
—¡A ra-
biar! Mucho más, señorito,
¡vamos! que chupar un ca-
ramelito.
¿Bajo «á» por unas?
—No, y ca-
lla. ¡Te dije ya hace días
que no me gustan las ba-
chillerias!
Sobre que no necesito
probar las pelotas de
fraile, ¡bueno está mi pre-
supuestito
para que lo emplee en ma-
rranadas de ese calibre!
Tengo que tener la ca-
beza libre
de quebraderos, y no
malgastar ni dos reales,
por si me quedo sin co-
laterales,
ó sea, sin los parientes
que me dan la «luz». En fin,
que las criadas sois muy in-
convenientes
y muy ladinas.
—Bien; no
se apure usted, señorito.
¿Quiere usted que le dé el cho-
colatito?
¿Quiere usted tostadas, ó
que las bolleras de enfrente
me hagan para usted un bo-
llo caliente?
—¿Qué hora es?
—Pues ya son las
ocho y media, creo yo.
—Bien; tráelo, ¡y no no me jo-
robes más!...

—

Y aquí concluyo esta histo-
ria puntual y verdadera,
por no extenderme más so-
bre lo que hacia una zo-
rraquinera.

Carlos Miranda

PREDICAR CON EL EJEMPLO

CUANDO don Silvano pisó el *boulevard,* frotóse las manos satisfecho, y una gran sonrisa lúbrica de fauno viejo rasgó su boca de oreja á oreja, mientras sus ojillos ratoniles echaban chispas.

¡Pícaro París! ¡Allí sí que se pasaba bien! ¡Si los ocho diítas que so pretexto de importantes negocios é ineludibles deberes conseguía escapar á la severa férula de doña Simeona, su casta esposa, y á las críticas de sus enfáticos compañeros de comité pudiesen convertirse en años!...

¡Pero sí, sí! Justamente aquellos días andaban de cabeza con la fundación de la nueva «Liga para la defensa del pudor ultrajado», tan necesaria en estos pecaminosos tiempos de inmoralidad nefanda.

Si en todas partes el pudor estaba por los suelos, en la dichosa Barcelona rodaba por las alcantarillas.

¡Qué teatros! ¡Qué cines! ¡Qué mujeres! —Y don Silvano se relamía.

Claro que todas las personas honestas —¡muy señores mios!—se habían unido en una sola protesta, y no menos natural que al frente de ellas colocárase el ínclito don Silvano Pescozón, campeón de la moral, tesorero de la Junta para la redención de doncellas que han perdido tan preciado don y de viudas que desean recuperarlo aunque sea sólo á medias y en mediano uso, vicepresidente del «Parto honesto» y del «Pudor médico», sin contar otras innumerables Asociaciones.

Unas películas cinematográficas en que se reproducian escenas realistas de las que suelen tener por necesario la alcoba, y la mayoria de las veces con la luz apagada, colmaron la medida, y emprendieron los señores una cruzada severísima, de la que, á decir verdad, sacaron por único resultado, el vicepresidente, uno de esos males que, aunque harto públicos, han dado en llamar por extraña contradicción, secretos, y el tesorero un ojo hinchado por un puñetazo que le soltó la bella Chuchita al intentar cerciorarse de la legitimidad de una cadera. Cansado de la lucha, don Silvano inventó un pretexto, y ¡halá! á París.

Subía ahora la calle luciendo su empaque de tenorio cuando tropezó con una mujer... ¡Cielo santo, qué mujer! Era una jamona con lánguidas pupilas de gacela, y unas curvas que en su opulenta magnificencia eran capaces de hacer pecar á un santo; pieza realmente digna, por sus exuberantes morbideces, del pentagruélico festín de un ogro.

La taimada fijó en él una mirada de las de «¡Tírate á matar!», y el caballero fasci-

NUESTRAS COCOTAS



PURITA LEBÓN

nado volvió sobre sus pasos y comenzó á seguirla.

Descendió la dama (de algún modo hemos de llamarla) el *voulevard* de los Italianos, y al fin cólose por una bocacalle, deteniéndose ante un escaparate como esperando ser abordada por su galán. Arrogante, haciendo un llamamiento á sus arrestos de Lovelace, acercóse el buen señor á ella y comenzó á requebrarla en un francés absurdo, ininteligible. ¡Qué más daba! Hasta ahora no se ha averiguado que el lenguaje de los sátiros, cuando perseguían á las ninfas en los bosques, fuese altamente protocolario, y, sin embargo, bastábales para sus honestos regodeos.

Tocóle el turno á ella, y comenzó una larga y prolija explicación de la que, como es justicia, quedóse don Silvano en ayunas. Pero como todo ello venia subrayado con golpes de cadera y languideces de pupila, y es ése lenguaje de reconocida universalidad, asintió él á todo, y minutos después galán y dama embarcábanse para Citerea, si no en florida barca, en destartalado alquilón.



ANTONIO DE HOYOS

Don Silvano estaba asombrado. ¡Qué lujo! ¡Qué elegancia la de aquel gabinete oriental! ¡Qué magnificencia la de aquellos tapices de Guinea! ¡Qué rara belleza la de las afiligranadas lámparas de plata! ¡Qué muelle tibieza la de las nevadas pieles que tapizaban el suelo! ¡La verdad es que París había uno solo en el mundo!

Pues, ¡y la dama! Sus presunciones fueron pálidas ante la realidad. Jamás en sus ensueños libidinosos imaginóse nada igual. Nunca vacante ni faunesa igualó en sabiduría del culto venusto á la francesa aquélla. ¡Qué misteriosos deleites! ¡Qué ritos, cuyo secreto creyérase perdido en la antigüedad resucitada! Y luego, ¡qué posturas esculturales! ¡qué pausada elegancia!

Y don Silvano, á quien la huri obligara á quedarse en el traje de nuestro padre Adán antes de la invención de la hoja de parra, y á encasquetarse un gorro turco, no volvía de su apoteosis. Pero cuando su asombro no tuvo límite fué cuando vestido ya y dispuesto á partir, y al tratar de abonar los honorarios tanto la señora de sus amores, como otra pintarrajeada y llamativa individua, que según pudo colegir, desempeñaba con harta honra el oficio de zurcidora de gusto, rechazaron las monedas con mil dengues y saludos. ¡Vaya! Estaba de buenas; indudablemente les había caído en gracia. Y feliz emprendió la ruta del hotel, contento de su buena fortuna.

Días después y como requerido por sus transcendentales deberes decidiera reemprender el camino de sus lares, pensó en hacer una última ofrenda á Venus y encaminóse al santuario.

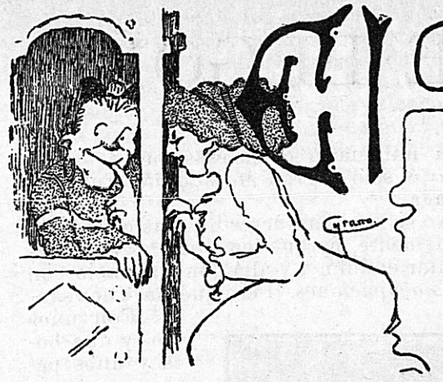
Todo sucedió como el primer día, salvo que su compañera mostróse menos caprichosa renunciando al gorro turco y olvidándose de exigirle el abandono de la elástica que por coquetería conservara. Además tampoco rayó á la altura del primer día, ni adoptó posturas insinuantes, ni ademanes esculturales. ¡Vaya por Dios! Nunca segundas partes fueron buenas. Y con la filosofía que presidía los actos todos de su vida, dispúsose á marchar no sin inclinarse ante las damas con la elegancia de un abate del siglo XVIII.

Pero la tarasca de marras cerróle el paso y con grosero ademán conminóle á pagar el servicio.

Don Silvano protestó. Habíale tomado gusto á la gorra y no quería soltar el dinero. ¡Cómo se entendía! El primer día, que tan á su gusto fué todo, no quisieron cobrar nada, y aquel que quedaba muy medianamente satisfecho había de rascarse el bolsillo. ¡Jamás! Enzarzáronse de palabras. Nadie lograba entenderse, hasta que al fin vino el intérprete, y don Silvano, yerto de horror, cayó desmayado.

¡El primer día había pasado para un cinematógrafo!

Antonio de Hoyos y Vinent



El confesonario

TRINIDAD ROSALES

Aquí me tienen ustedes de rodillas ante el confesonario. Ha logrado La Hoja de Parra lo que no pudieron conseguir los padres confesores de mi colegio: el que yo contase mis pecadillos.

He vacilado un momento antes de hacerlo, pero, la verdad, no he querido desairar al periodista que ha venido á solicitar mis cuartillas. Era un *chico* de la prensa, tan *chico*, que, francamente, no se le podía negar nada. ¡Con lo que á mí me gustan los chicos!...

Ante todo debo advertir que yo no me llamo Trinidad Rosales; mi nombre es otro. Pero cuando me dediqué al teatro me bautizó así Vital Aza, ese autor que tiene una *tontería* de años á la espalda.

Mi verdadero nombre es... ¿quieren ustedes saberlo? Pues repasen la lista de la Compañía de Lara cuando allí trabajaban Rosario Pino, Balbina Valverde, Pedro Ruiz de Arana y Bonifacio Pinedo. Yo era una damita joven, tan joven, que sólo tenía quince años.

Por entonces empecé á trabajar en el teatro. Tomé parte en las representaciones de *El señor cura*, de Vital Aza, y de *La Farándula*, de Benavente. Por cierto que á ésta le dieron un *pateo* formidable.

Dijéronme que tenía muy bonita voz, y varios de esos amigos, que nunca faltan á las artistas para aconsejarlas y *meterles mano* en cuanto una se descuida, me lanzaron al género chico. ¡Y aquí estoy!



TRINIDAD ROSALES

¿Historias amorosas? He tenido muchas. Para qué mentir. Es muy natural. Una mujer bonita —porque yo creo que no soy fea—, joven y artista, que recorre el mundo, siempre encuentra hombres que le hagan el amor... y cuanto ella deje hacerse.

En América tuve un novio que estaba perdidamente enamorado. Quería regalarme seis ó siete palacios y un castillo. ¡Qué sé yo! Llegué á tomarle miedo.

Luego aquí en España. ¡Ay! Aquí en España he querido demasiado á un hombre. Ese ha sido mi único amor. Ahora ya me tienen todos los hombres sin cuidado.

¿Más?... Hay ciertas cosas que deben dejarse para la intimidad. ¿No opinan ustedes lo mismo? Pues entonces... ¡absuélvanme!

Trinidad Rosales

CHIQUITO DE BEGOÑA

HACER una revista de toros sería empresa difícil; pero, vamos, me atrevería con ella y no creo que saldría mal del todo. Pero esto de contar mis aventuras amorosas de modo que no haya motivo para que se me enfade nadie, y el público las lea y las encuentre amenas, es cosa superior á mis fuerzas. Miro y vuelvo á mirar y á remirar la pluma y el papel, y no se me ocurre cómo empezar. ¡Qué grandes son ustedes los periodistas!... ¡Y luego dicen que matar toros!...

En Méjico ha sido donde tuve más aventuras amorosas. Yo no sé si es el clima ó el agua ó lo que pasa, pero aquello es un horror, no se puede vivir. Por menos de «ná», ¡zás!, una mujer que le sale á uno al paso y con aquel hablar suyo tan meloso y tan agradable... algunas veces le propone cualquier atrocidad.



RUFINO SAN VICENTE

Si yo contase ahora todas las caricias que se solicitaron de mí, esto no iba á ser un artículo, sería todo un periódico. Por eso nos limitaremos á una ó dos «ná» más, cuyo recuerdo me eriza los cabellos. ¡Qué barbaridad!...

La primera mujer que me «sofocó» allí á poco de arribar, no fué una princesa ni una millonaria como esas que se gasta «pa» él solo el gran *Machaquito*. Fué una criada.

No se la quiero describir á ustedes detalladamente, porque temo que les voy á levantar el ánimo, y allá don Dalmacio con esas ocupaciones. ¡Pero qué tía, Dios santo! Con unos ojos y una boca y unos pechos y un... ¡Una divinidad les digo á ustedes!

Pues bueno; igual que de bonita era de «amorosa». ¡Rediós con ella! Desde que un día al caer de la tarde, en la habitación que yo tenía en la fonda en que me hospedaba, tuve la debilidad de acceder, me caí. No me dejaba ni á sol ni á sombra; siempre me quería tener encima.

Pero lo estupendo fué cuando por evitarla yo hice que la dijeran que estaba casado. Me armó la bronca padre; me quería matar y tuve que esconderme, porque sino, la tonta del bote *lo realiza*.

Creyó que había regresado á España, y ¿saben ustedes lo que hizo? Pues meterse monja. Esto le parecerá bien á don Dalmacio, ¿eh? Pero el caso es que yo la metí y él las saca, que todo se sabe.

Otra aventura mía en Méjico, también es estupenda. Comencé á frecuentar una casa en la que vivían dos señoras blancas y una negra, las tres de una edad como entre treinta á cuarenta años. Indudablemente el «españolito», como me llamaban, no las debió parecer mal, porque se encariñaron conmigo y me hacían que fuera á comer á su casa y me cuidaban mucho y siempre estaban de broma conmigo y á vueltas con mi coleta, si me abultaba mucho, si la tenía muy larga, si que sé yo.

El caso es que un día almorzando, una de las señoras blancas que se llamaba Carola, se insinuó; empezó á pisarme un pie y á hacer unas cosas que ya, ya...

Las otras, claro está, se apercibieron. Al pronto no dijeron nada; pero las excitaciones de la otra eran tan poco disimuladas que callar era otorgar, y ni la negra ni la blanca estaban por la labor.

Yo no me di cuenta de lo que pasó, ni me la doy ahora. Como si hubiese sido en un Cinematógrafo vi que se levantaban todas, que me dejaban solo en la mesa, y que no había objetos bastantes para que se los tirasen unas á otras. Troya ante aquello era una pequeñez.

Yo me quedé estupefacto. ¡Qué jaleo, qué locura, qué escándalo! Y la lucha era por mis pedazos.

La negra corría,
las blancas también.

El lío duró varios minutos, que á mí me parecieron una eternidad. Al cabo, mi intervención conciliadora aplacó los ánimos un poquito. Ellas se miraron y se increparon.

—¿Pero tú?
—¿Te habrás creido que el *españolito*?
—¡Asina, asina, que te mato antes!...
—¡«So» tal!...
—¡«So» cuál!...

Hubo frases muy «delicadas», como se podrán figurar ustedes. Por fin mi autoridad de varón se impuso:

—¡Pero qué Dios queréis! ¿Qué «sus» ocurre?

Pues ocurría que las tres estaban chalaítas por mis carnes, y así me lo dijeron, pidiéndome que dijera yo cuál de las tres me gustaba más. ¡Si que era compromiso! Claro que la «favorecida» se volvería loca, pero y las otras dos ¿no me matarían? La integridad del pellejo es una cosa muy digna de consideración y yo haciéndomela, recurrí á un suterfugio muy socorrido. Decidiera la suerte; que me rifasen.

La proposición pareció de perlas. Pues nada, á ello. Con todas las formalidades de rigor se procedió al sorteo, acordándome yo entretanto de la Chelito, de quien se cuenta una aventura parecida.

Quisieron que yo metiese la mano en un canastillo en que había tres papeles, cada uno con el nombre de una, y sacase uno. Aquélla sería la favorecida. Hícelo con toda limpieza; saqué una papeleta y sin mirarla extendí el brazo, y la mostré á ellas, que aguardaban con impaciencia.

Vi que las blancas palidecían, y que el blanco de los ojos de la negra se dilataba. Pasó un momento sin que hablara nadie. Al fin las blancas exclamaron con pena, mirándome:

—¡Lo ha querido la suerte!

Palidecí, como las blancas, y leí el papel. En letra muy cursiva, muy perfecta, decía: «Isaura».

¡Isaura era la negra!

❦

En España algo tuve también, ¡ya lo creo!, que al fin y á la postre tiene uno una profesión que llama la atención, y pocos años.

Hubo y hay todavía aquí en Madrid cierta dama, muy conocida de periodistas, cómicos y toreros, que ¡ya, ya con la señora!

Quiso que fuéramos buenos amigos y lo fuimos muy íntimos.

¿Detalles? Casi que no me atrevo. Aunque nada tenemos que ver ya, gracias á Dios, si se enterase iba á enristrar tras de mí y no sé lo que pasaría. Lo que puedo asegurar es que no se metería monja. ¡Bonita es!

¿Otras? Ya lo creo que podría contar otras cosillas, sobre todo, sucedidas en capitales de provincia. En Madrid, yo no sé por qué, dígase lo que se quiera, es donde se presentan menos ocasiones. En los pueblos, nada, claro está. Donde Dios carga la mano es en las capitales; allí, un torero como debe ser, es una estrella con rabo...

Pero todo lo quiero olvidar ya, porque me he enamorado muy en serio, porque me voy á casar y he de ser un «perfecto casado».

Quiero ser para mi mujercita solamente. Tener un «nidito» muy coquetón, y que mientras yo estoy en la corrida, mi costilla se quede en él de rodillas ante la Virgen, haciendo pucheros.

Rufino San Vicente
Chiquito de Begoña

¡EUREKA!

Don Juan, deseoso de hacer una vida tranquila que reparase las goteras que su existencia anterior habíale causado en el edificio de su excelsa y ex robusta personalidad, decidió, harto de carne como el demonio, no meterse fraile, pero sí recluirse tranquilamente en una casita de campo donde había establecido su residencia, no se sabe si perpetua ó temporal.

Pero don Juan, hombre consecuente con la tradición, no podía vivir solo. Como era natural, no vivía tampoco con un canónigo ni partía sus ternuras con un cesante de Consumos. Siempre consecuente con sus principios, tenía consigo una garrida moza mucho más atrayente que don Galo Salinas.

Don Juan, víctima de sus años y de sus excesos, vivía entre Pinto y Valdemoro, habitando cierta quinta adonde le habían mandado sus amigas de otro tiempo. La Carmen, que era la guapa chica á que antes se ha hecho referencia, alegraba las horas del viejo pecador, que ya no estaba más que para sopitas y buen vino, y como para él la institución matrimonial era cosa aborrecible y deleznable, había recibido en servidumbre á la muchacha, cuya honestidad se veía obligado á respetar por múltiples razones, entre las que figuraban los buenos puños de la chica y los no menos fornidos hermanos de la misma.

De sus viejos gustos, el único que podía seguir satisfaciendo sin que nadie le pusiese trabas para ello, era el de la bebida, vicio tan respetable como todos los demás, pues ya es sabido que esos amables deseos, que son considerados como vicios por las pobres gentes sin paladar, constituyen, por el contrario, verdaderas ejecutorias de saber comprender y venerar la vida.

Don Juan tenía puesto uno de sus diferentes amores en un tonel de rancio vino, que si Júpiter sabe de su existencia envía seguramente á Ganimedes en un aeroplano para adquirirlo á toda costa, aun á trueque de ceder á don Juan el usufructo de Hebe.

Y aconteció que cierta noche que se hallaba el antiguo voluptuoso terminando su tenue refección, presentósele un huesped que acababa de llegar en el correo de Alicante y se disponía á pasar el siguiente día, que era domingo, en compañía de su viejo amigo. El apuro de don Juan fué considerable. Estaba la despensa desprovista de vituallas y la finca distante de poblado.

—Pero, en fin—dijo al recién llegado—, ya que comes mal beberás bien. Precisamente guardo en la bodega un tonel de vino viejo que he reservado siempre para una buena ocasión. Está lleno porque no hice más que probarlo cuando me lo trajeron. La ocasión ha llegado y lo vaciaremos esta noche.

La Carmen, que había empezado á palidecer, acabó de perder el color que le quedaba, cuando su amo la mandó que bajara á la cueva y comenzara á subir jarras del néctar anunciado.

Y sin saber lo que hacía daba vueltas y vueltas de un lado para otro.

—¿Qué? ¿Tienes miedo?—prosiguió don Juan.—Pues yo te acompañaré.

Y tomando por un momento licencia de su amigo, descendió á la bodega con la bella sirviente.

La Carmen, que se había aprovechado de su dominio de las llaves para consumir poco á poco el contenido del tonel, no sabía cómo salir del apurado caso. Don Juan dió á la espita, y, ¡oh mengua!, no salía nada.

—¡El vino se ha salido, el vino se ha salido!—decía ella, por no saber qué decir.—¡Debe haber alguna raja por aquí, y el vino se ha vertido!

—¡A ver, á ver por dónde está!

Y ayudados por una linterna buscaban por arriba, buscaban por abajo, buscaban por delante, buscaban por detrás.

La Carmen, para hacer el paripé de que buscaba mejor, habíase subido en una escalera de mano, y como don Juan, que se encontraba verticalmente debajo de la moza se le ocurriese levantar la cabeza y llevar el farolillo hasta la altura de las piernas de la muchacha, no pudo comprimir un grito que valía por el eureka del amigo don Arquímedes.

—¡Ya la encontré! ¡Ya la encontré!

—¿El qué, señor?—preguntó la cándida criada.

—Nada —concluyó don Juan—, que ya estoy viendo la hendedura por donde se ha vertido el vino.

Pedro de Répide

TRIBUNOS ESPAÑOLES



DON DALMACIO

—... como mi misión es redentora y veo que vais por mal camino, he echado sobre mí la pesada tarea de enderezar los miembros de esta Cámara. Ya sé que la labor ha de ser dura por la perversión de vuestras almas, pero confío en que os la levantaré á todos. ¡En el Senado sería otra cosa!...

CAZADOR QUE Á CAZA VAS...

A caza de conejos y perdices
va un cazador de indiscutible fama,
seguido de la *Linda* y de la *Dama*,
que aprendieron, cazando codornices.



OTRA DE LAS ARTÍSTICAS POSTALES QUE LLEVÓ AL SENADO DON ESCARTÍN

Alargan las dos perras las narices
y, como liebre en su mullida cama,
ve el cazador á una mujer; la llama,
para ser en amor ambos felices.

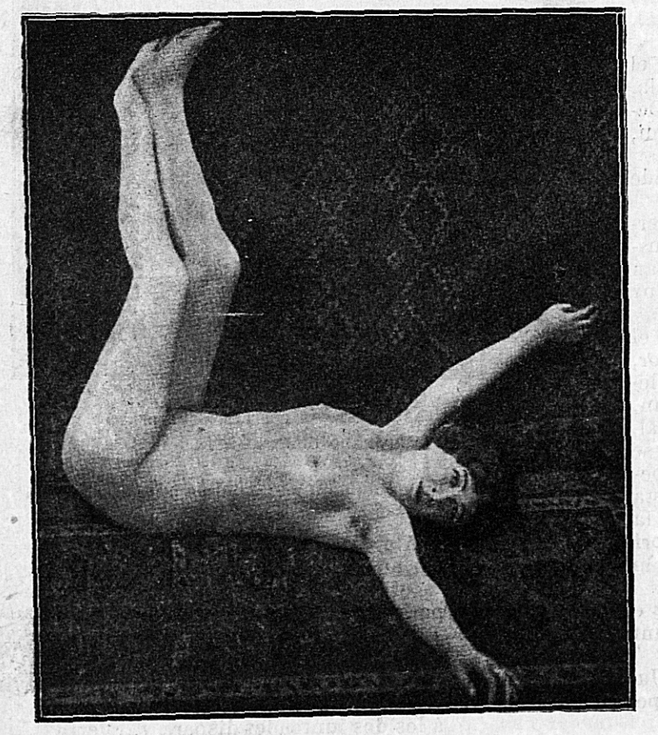
Se miran á la vez en son de guerra,
desarrugan los dos el entrecejo,
hace á un conejo levantar la perra...
Escapa la mujer, queda él perplejo;
á los dos juntos les dispara y... yerra,
y con la moza se le fué el conejo.

Gonzalo Cantó

¡SUBID, NIÑAS!

VARIAS Frinés de la falda *entrevé* con tendencias al pantalón se reunieron el sábado último en el teatro Romea, con el objeto de ocuparse del discurso sicalíptico ó discurso en defensa del arte de la sicalipsis, que tardes ha pronunció en el Senado el Sr. Canalejas, contestando al doctor Bombarda del amor mercenario, Sr. Sanz Escartín.

La convocatoria de la reunión es un modelo en su género. No lo haría mejor el joven Narciso, barón de Cabeza Chica, cuya reputación entre las damas corre parejas con el amor idolátrico de los varones sesudos, pudientes y emblemáticos.



OTRA DE LAS ARTÍSTICAS POSTALES QUE LLEVÓ AL SENADO DON ESCARTÍN

«Juanita la Dulce y sus compañeras de la junta directiva de la Sociedad «El Molinete», saludan á su amiga y complaciente Pepita la Tierna y la ruegan que asista esta tarde al teatro Romea para tratar de un asunto que interesa á todas las que en teatros, cines, paseos, plazas, plazuelas y restaurants reservados, lucimos nuestras gracias, más ó menos francamente.»

Ante una invitación de esa naturaleza, ¿qué niña complaciente, graciosa y agraciada se resiste?

Estaba el teatro Romea de bote en bote. En las butacas serpenteaba, entre el reluciente flamear de alborotadas plumas, la suave pelambre aterciopelada de cabecitas locas artísticamente peinadas.

En los cuatro burladeros, simuladores de palcos misteriosos, se destacaban las arrogantes figuras de unas cuantas estrellas brillantes de los *cines* de moda. Parpadeaban terriblemente y no meneaban el rabo, porque se lo habían dejado en casa.

En el escenario, ante una mesa cubierta con un pañolón de Manila de largos y ondulantes flecos, se hallaban esplendorosas y tiesas como matronas romanas, representantes de una grave y transcendental misión en el mundo de la coquetería ó *cocotteria,* como ustedes quieran, Juanita la Rechoncha, Paca la Alegre y Virtudes la del Caño libre.

La Rechoncha empuñó la campanilla con destreza majestuosa, y dando un fuerte campanillazo dijo:

—Se abre la sesión.

Un largo resoplido salió de los pechos ondulantes del abigarrado y maravilloso concurso.

—Ya supondréis—añadió la Rechoncha—para qué os hemos convocado. Hace pocas tardes, nuestro simpático amigo Canalejas pronunció en aquella santa casa de nuestros varones...

—¿Cómo nuestros varones?—interrumpió una joven de ojos negros, esbelta y cimbreante que surgió de las butacas.

—Quiero decir, de los varones de la patria; de la patria á que nosotras pertenecemos —replicó la Rechoncha.

—¡Como que somos muy patrióticas!--interrumpió una rubia de exuberantes formas.

Grandes voces: Sí, sí, muy patrióticas...

La presidenta: ¡Orden! ¡orden! ¡Que no haya bronca!

Restablecido el silencio, la Rechoncha prosiguió su discurso y dijo:

—Pues bien; ya lo sabéis, compañeras. El grande é inconmensurable amigo Canalejas nos ha defendido en el Senado. Y nos ha defendido muy bien. Tan bien, que hasta ha dicho que somos una forma de expresión del arte...

—¡Y es verdad!—interrumpieron varias de las concurrentes.

—¡Pido la falda!... digo, ¡pido la palabra!—añadió otra.

—La tiene la Angelita.

Y la Angelita, irguiéndose en su sitio, dominando el concurso con su bello gesto y su actitud cinematográfica, lanzó á la Asamblea, con voces agudas, este aplastante discurso:

—Dejémonos de preámbulos y cobas. Aquí es necesario ver la manera de asociarnos *toas.*

—¡Tres bien! - murmuró una francesa.

—Es necesario que nos asociemos *toas,* porque si no nos asociamos, ¿qué será de nosotras? Se cerrarán los *cines,* que es como si nos aplicaran la ley del *candao.*

Agrandemos nuestra Sociedad, hagámonos *toas* socias de «El Molinete», y ya veremos si *pueen* con nosotras *toos* los Escartines que nos suelten en el ruedo.

—¡Bravo, bravísimo!—gritan las jóvenes del Kursaal.

—¡Very well!—añade una inglesa del Salón Madrid.

—*Pus* yo—dice una *bailaora* del café de la Vicaria, levantándose airadamente de su asiento—creo que don Escartín y don Dalmacio tienen razón...

(Protestas iracundas, taconeo ruidoso y tumulto indescriptible. La Romanones de la abigarrada asamblea, puesta en pie, agita desaforadamente la campanilla. Varias coupletistas se quitan sus respectivos sombreros y apostrofan enérgicamente á la *bailaora,* y el burdel adquiere proporciones parlamentarias.)

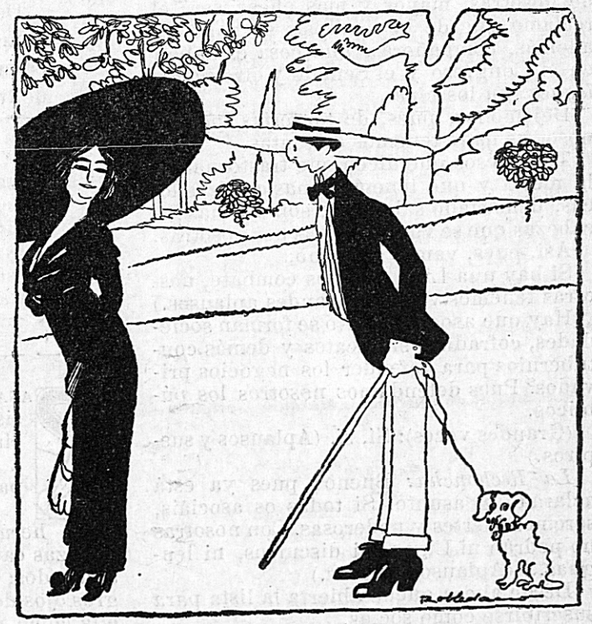
—¡Que se calle esa!...—dicen unas.

—¡No me da la gana!—contesta la *bailaora.*

—¡Fuera, fuera!—gritan hasta enroquecer las niñas del Madrileño.

—¡Que la den cordilla!—dice con voz chillona una ajamonada camarera de la corte de Babilonia.

INVITACIÓN



EL.—Si no la molesta me acercaré un poquito más.

ELLA.—No hay inconveniente. Pero tendrá usted que bajarse... porque tropiezan los sombreros.

—Eso pa ti, que tiés mininas en casa—contesta la *bailaora*.

El jaleo dura largo rato, hasta que la presidenta, cansada de agitar inútilmente la campanilla y dar porrazos, se sube á la mesa presidencial, y dice:

—¡Orden! ¡orden! ¡orden! ¿Pero creéis que esto es el Congreso? Callaros ya y dejaros de competencias. Aquí todas somos unas y no debe haber tiquis miquis. Esa compañera que dice que está conforme con don Escartín y don Dalmacio, hasta cierto punto, tiene razón. Cuanto más se hable de nosotras, mayor y más eficaz será el reclamo que de la sicalipsis se haga. Y además, compañeras, una cosa es hablar en el Congreso y el Senado y otra *monologuear* en los *cines*.

Dejémonos, pues, de tonterías, porque nosotras nada tenemos de tontas.

Todos esos que dicen que trastornamos la moral y que tenemos unas cabezas locas, demasiado saben que son muchas las cabezas que se vuelven locas por nosotras.

Así, pues, vamos al grano:

Si hay una Liga que nos combate, nosotras tenemos varias. (Grandes aplausos.) ¿Hay que asociarse. ¿No se forman sociedades, cofradías, sindicatos y demás contubernios para defender los negocios privados? Pues defendamos nosotros los públicos.

(Grandes voces): Sí, sí. (Aplausos y suspiros.)

La Rechoncha: Bueno; pues ya está aclarado el asunto. Si todas os asociáis, seremos fuertes y poderosas. Con nosotras no podrán ni Ligas, ni discursos, ni lenguas... (Aplausos y vivas.)

Desde ahora queda abierta la lista para suscribirse como socias.

¡Subid, niñas!

Enrique Trompeta

PARTES DE LA MUJER

LAS OREJAS

Bajo doseles áureos de cabellos,
junto á tus sienes blancas hay dos rosas:
cálices de las frases amorosas
que elijo yo para escanciar en ellos.
Dos joyeles de vívidos destellos,
cual gotas de rocío temblorosas,
viven allí irisando las radiosas
fulguraciones de tus ojos bellos.
Pórticos de tu alma en que la mía
fué ritmando la flébil armonía
de mis amantes ansias imprudentes;
y donde más te dije, mudo y loco,
cuando te fuí quitando poco á poco
tus preciosos zarcillos con los dientes.

LA FRENTE

Después del delirio breve,
el ardor de tu mirada
calmo en el frescor de nieve
de tu frente inmaculada.
Y mientras reposo allí
mi vida entera, inmolada,
se va trasfundiendo á ti.

Rafael López de Haro

EL TONTO

Pasada la siesta, y no pudiendo resistir el calor asfixiante que hacía dentro de la casa, Petra salió á tomar el fresco bajo la maplia parra del corral.

Era Petra una mujer de treinta años, hermosa, morena, arrogante, con macizas caderas de ánfora y senos duros y abultados; con rojos labios sensuales y negros ojos de fuego... Desprendíase de toda ella como un ardiente aroma de lujuria. Era una de esas mujeres cuya sola presencia produce en los hombres como una sacudida eléctrica; tal emoción se experimenta ante ella, que los nervios y los músculos se ponen en una tensión desmesurada...

Vivía sola. Era viuda. Tan solo un año disfrutó las delicias del matrimonio. Malas lenguas dijeron en el pueblo que el pobre marido había muerto «achicharrado» en «la hoguera de amor» de la esposa...

Tales rumores fueron causa de que varios que, al verla libre, pensaron casarse con ella, desistieran cobardemente de sus propósitos. Reconocíanse sin fuerzas para el martirio... aun siendo un martirio tan seductor...

Y la hermosa viuda consumíase en un frenético anhelo de *marido*... De ser cierto lo que decían, ¡bien lo estaba penando ahora!...

De pronto se presentó en el corral Joaquín, el tonto. Al entrar, tartamudeó:

—Mu... mu... buenas tardes.

—Ola, Joaquín—murmuró Petra.

Joaquín era el tonto que en ningún pueblo falta. Tenía veinte años. Era moreno, alto y fornido: todo un mocetón. ¡Lástima que fuera tan idiota! Habíale dado la manía por las flores y los árboles, como podía haberle dado por chuparse los dedos ó darse coscorrones contra la pared. Todas las tardes iba á casa de la viuda para regar unos cuantos arbolillos que había en el corral. Lo único que atenuaba su imbecilidad era que hablaba muy poco. Mientras permanecía allí, las únicas palabras que pronunciaba eran las del saludo y las de la despedida.

Aquella tarde quitóse enseguida la americana y se puso á sacar agua del pozo. La viuda mirábale atentamente. Y de súbito, por no se sabe qué extraña asociación de ideas, surgió ante ella la imagen adorada del esposo. Y recordó los más simples detalles de aquel año venturoso de su matrimonio; de aquel año de dicha, de embriaguez, de delirio...; de aquel año pasado en un constante idilio, en una insaciable luna de miel... ¡Cuánto se querían!... Y tan intensa fué la evocación, que en sus oídos parecía vibrar la voz apasionada y ronca por el deseo, del esposo, y sintió en su cuerpo la caricia de sus manos sabias y audaces, y sobre su boca la boca de él, hecha ascua...

...Y enardecida, embriagada de voluptuosidad, seguía mirando al tonto con tenaz fijeza, con un brillo en los ojos de ansia contenida... ¡Oh, si ella se atreviera!... ...Y ¿por qué no?... ¿Quién iba á saberlo por una sola vez?... El tonto no diría nada á nadie. Además que no se daría cuenta de lo que era aquéllo... Seguramente lo ignoraba por completo... No, no había ningún peligro. ¡Oh! Sería curioso ver lo que hacía...

Le llamó y, cuando estuvo á su lado, echóle los brazos al cuello y se perdió con él dentro de la casa...

Al sentir aquel extraño desmayo, el tonto, aterrorizado, empezó á gritar:

—¡So... so... corro!... ¡Que... que... me muero!...

A los pocos minutos salieron de nuevo al corral.

fines de este almacén son más ideales, más hermosos, más útiles: tienden á favorecer la especial misión del asociado. Porque como muchas veces á la condición de enamoradizo ó mujeriego no va aneja la de capitalista, durante el funcionamiento del Club puede repetirse el caso de que un socio económicamente pobre y genésicamente opulento, requiera á una mujer de rango, y los obligados trámites de todo cotejo le fuercen á vestir con cierta elegancia que su propio bolsillo no podría costear. También es probable el caso contrario de que el socio, persiguiendo á una menestrala, se halle en la precisión de adoptar un disfraz propicio: que en amor, á veces, una gorra puede tener tanta eficacia como una «bimba», y sólo el Destino sabe la importancia que en el sitio y rendición de una mujer puede alcanzar una zamarra castiza ó una levita de escrupuloso corte británico. Por excepción, nuestro Presidente honorario D. Juan pudo, gracias al mágico poder de sus décimas, conquistar con una sola trova lo

apuntamiento á que alude la base 15.ª sin que en modo alguno deba revelársele el nombre de «terrible»—, que la señorita López es una niña caprichosa que tuvo ó no tuvo que ver; que es vehemente ó frigorífica; que conviene la acometan por lo sentimental ó por lo flamenco. En resumen: que puede convenir ó no al cliente mediante aquellos datos preciosos adquiridos en el acto y cuya comprobación *d'après nature* tal vez le costara tiempo, paciencia y energías, que no le salga del criterio malgastar.

Base 20.ª Por tales referencias importantísimas, la secretaría del Club podrá exigir los honorarios que le parezca. A nadie se le ocultará lo equitativo de esta medida, toda vez que cualquier español enamorado se ve, por este medio de investigación, en condiciones de vencer hembras que gozan fama de inexpugnables, saboreando la fecunda protección de Afrodita. Evitaráse también con ello la desorientación execrable en que hoy se hallan los lectores de cierta literatura por

—Pen... pensé... que... me moría... —dijo el tonto.

La viuda replicó:

—Es que dentro hace mucho calor. Si no te llego á dar agua te asfixias... Pero esto no se lo digas á nadie, ¿sabes?

—No.

Y se marchó.

Al siguiente día presentóse Joaquín como de costumbre; pero en vez de ponerse á regar, empezó á dar vueltas alrededor de la viuda. Extrañada ella de tal actitud, le preguntó:

—¿Qué tienes?

El tonto no contestó. Y con los ojos brillantes, las facciones crispadas, murmurando entre labios, siguió dando vueltas con la terquedad de un moscardón.

—¡Pero, qué te pasa, hombre!

Por fin, tras un gran esfuerzo, tartamudeó:

—Que... que... me quiero... morir otra vez...

J. Delgado Carrasco

¡SI LO SÉ!

Yo, que no supe hasta ahora
lo que valía en España
peinar coleta, leyendo
lo que los grandes espadas
nos dicen en sus artículos
que inserta LA HOJA DE PARRA,
lleno de rabia y envidia
maldigo de mi ignorancia.
¡Ay! Si llego á saber antes
lo mucho que les agradan
los individuos que viven
de los cuernos á las damas,
no me hallaría á estas horas
haciendo versos. ¡Palabra!
Con muleta y con estoque
iría de plaza en plaza
hasta conquistar *la gloria*
como hubo de conquistarla
Ricardo, «el Bomba» famoso.
Damas de la aristocracia
se vendrían de seguro
tras de mí sugestionadas
por el modo de arrimarme
y por mis faenas magnas,
y tendría dos corridas
lo menos cada semana.
Sería, en fin, una *estrella*
con mucha *luz* (vulgo *pasta*),
y cual un bajá (aunque el cargo,
francamente, no me agrada),
tendría un harén de hermosas
y sugestivas esclavas,
capaces, por mi cariño,
de hacerme alguna trastada.
Al haber sabido á tiempo
la influencia de las astas,
á hacer *novillos* me hubiera
dedicado allá en mi infancia,
en lugar de devanarme
los sesos con la Gramática,
la Aritmética, la Historia,
el Fleury y otras bobadas.
Si, lo que Dios no permita,
algún día me casara,
y al noveno mes me dieran
el disgusto de ordenanza,
que es muy grande, aun siendo chico,
á mi retoño dejaba
crecer la trenza en seguida;
que actualmente en tierra hispana
para lograr ser querido
de mozas de rompe y rasga,
es preciso que le crezca
hasta que ellas digan: «¡Basta!»

Adolfo Sánchez Carrère

nográfica donde abundan las mujeres de saldo ó de ocasión, puesto que, gracias al mencionado Archivo podrá saberse, como dijeron Salomón y Ruskin, que no es oro todo lo que reluce, ni tampoco orégano todo el monte. Hay que dignificar á la mujer, miserablemente conceptuada hoy por su amor á los valses cursis, á los amores lesbianos, á los uniformes militares y á la laboriosa y hórrida confección de las natillas.

VI.—DEL MUSEO AMOROSO

Base 21.ª Como queda dicho, habrá un Museo donde el encargado de él guardará y ordenará las delicadas pruebas materiales ó fungibles de amor que á sus respectivos amantes otorgaron. Dado el gentil histerismo de algunas y la noble generosidad de casi todas, el Museo puede ser notable y complejísima colección de recuerdos. Allí tal vez vaya á parar otra liga, perfumada y linda como la que fundó una preciada condecoración, ó la camisa

de batista por lo que el Raposo de cierta novela de Queiroz perdiera el bienestar económico y la estimación de su tía. Cosas todas ellas fútiles ó valiosas, pero recatadas, evocadoras, elocuentes. En este Museo podrán «abrevar» los novelistas exóticos, sociólogos vehementes y maridos previo el abono de los correspondientes derechos. El alma femenina, misteriosa y enervante, flotará en este Museo singular, en sus mil chucherías diversas, en sus cartas frívolas ó feroces, con sintaxis única y estupenda ortografía arbitraria.

VII.—DE LA SASTRERÍA

Base 22.ª Uno de los primeros objetivos que la Directiva debe realizar, es el establecimiento de una sastrería ó almacén de ropas, abundantemente dotado, para uso exclusivo de los asociados.

Esta Sastrería —entiéndase bien—, no servirá para facilitar á cualquier miembro del Club una vulgar americana de moda ó un corte corriente de pantalón. Los

criada, una rubia doncella que dejó de serlo poco después...

Las palabras de los recién casados percibíalas claramente al través del tabique divisorio. A decir verdad, no me extrañaron, ¡ni mucho menos!; pero sí me dejó completamente asombrado cierta frase que oí á él, cuando la mimosidad de las palabras mutuas llegaron al extremo de hacerme pensar con tristeza en los gorros de dormir que usaban los antiguos.

Decía la voz hombruna:

—¡Anda, monina; anda!...

Y contestaba la voz atiplada:

—No, eso no; de ningún modo. Si yo lo hubiera sabido, no me caso.

Tornaba él á suplicar y ella á negar.

Yo estaba intrigado, y por más que me devanaba los sesos no acertaba qué podía ser aquello.

Hubo un momento de silencio. De pronto ella, con una voz honda, exclamó:

—¡Y luego dirás que no te quiero!

Francisco Vera

¡VAYA SI LE QUERÍA!

No podía dormir. Insomne y nervioso daba vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. Hice cuanto es posible hacer para que Morfeo me visitara y hasta cogí una revista del Uruguay y tuve la paciencia de leer todas las poesías de los vates americanos, que son las mejores adormideras que conozco. ¡Ni por esas!

Frontera á mi habitación, y separada de ella por un delgado tabique, que más bien parecía una caja de resonancia, había otro cuarto que acababa de ser ocupado por unos recién casados en viaje de novios.

Hasta mí llegaba el «rumor de besos» que no me permitía dormir, y que me hizo pensar en tomar por asalto la alcoba de la

ESPECTÁCULOS RECOMENDABLES

CANDELARIA MEDINA

en el Trianon-Palace.

La aparición de Candelaria Medina en el lindísimo «music-hall» de la calle de Alcalá ha sido, como se esperaba, un acontecimiento artístico.

El público llena todas las noches el Trianon-Palace y ovaciona con entusiasmo á la hermosa y popular artista, haciéndola repetir multitud de veces sus couplés y sus bailes, españoles y personalísimos.

El acierto de Antonio García Moriones, contratando á Candelaria, no merecía menos.

Imprenta San Bernardo, 92, Madrid.